



El gran derrotado ha sido el Ayuntamiento, pero también la ciudad, que no ha encontrado el modo correcto de asumir una huelga cívicamente.

Valladolid.

LA HUELGA Y GUERRA DE LAS BASURAS

EMILIO SALCEDO

TODO empezó el miércoles 29 de junio, en la asamblea de trabajadores del Servicio de Limpieza. "Mañana, todos, con el traje de faena, estaremos a las once y media en la plaza Mayor". Así se hizo, y una comisión asistió al pleno del Ayuntamiento del día 30. Las reivindicaciones salariales fueron rechazadas de plano por el Ayuntamiento. Los trabajadores ya habían anunciado que adoptarían medidas de fuerza, como la huelga y encierros permanentes en el parque. El CSUT había preparado unas pegatinas con el texto "con unos salarios dignos, una ciudad más limpia".

Los barrios de La Pilarica y de Girón ya habían celebrado asambleas protestando por diversos problemas municipales. La huelga de la basura venía en el momento justo para que la crispación se extendiera. Los trabajadores habían iniciado un encierro en el parque de Las Eras y fueron desalojados por la Policía Armada. En el Ayuntamiento se había dicho: "Los salarios de los trabajadores de limpieza son más altos que los de los trabajadores de otros servicios". El día 1, el Ayuntamiento fijó un plazo de setenta y dos

horas para la normalización del servicio, en un pleno extraordinario y urgente. Un trabajador había sido detenido y se iniciaban los despidos.

Fallaron todos los intentos de diálogo y sólo se habló de los sueldos altos de estos empleados. El alcalde terminaría por insertar en los periódicos la fotocopia de las nóminas en las que sí queda patente el eterno problema de unos incentivos que al no estar integrados en el salario base dejan al trabajador en muy mala situación en caso de enfermedad o jubilación. Los enterradores del cementerio y los empleados de vías y obras fueron también a la huelga. La basura creció en las aceras, con bolsas reventadas por la fermentación. Se habían situado en algunos puntos contenedores que eran recogidos con irregularidad. El lunes 4 de julio la crispación llegaba al máximo. Una manifestación en la plaza había sido disuelta, y la Policía Armada retiró una pancarta en la que se pedía una ciudad más limpia. Era el día en que se nombraba nuevo Gobierno y por la madrugada, en el barrio La Rondilla de Santa Teresa, los vecinos lanzaron basuras y

botellas vacías contra los bomberos, que habían ido a recoger algunos contenedores. Se hicieron barricadas de basura. Desde los pisos se arrojaban objetos contra la Policía. Disparos, bombas de humo, que penetraban en los pisos produciendo el pánico. Detenciones. Este barrio, con unos 40.000 habitantes, tiene unas características especiales. Dos mil quinientas viviendas, nuevas, están en pésimas condiciones. Los vecinos han acusado al constructor, que está sometido a proceso. Se han encontrado especialmente desasistidos durante mucho tiempo y ha bastado un problema como el de las basuras para que estallasen. Dos días después, en este mismo barrio, los vecinos recogieron la basura, la quemaron y barrieron sus calles. Pero por distintos sectores de la ciudad seguían apareciendo grupos más o menos numerosos que esparcían la basura, volcaban los contenedores y se quemaron también algunos coches.

Distintas centrales sindicales quisieron mediar, pero el CSUT no aceptaba en las asambleas esta mediación. El alcalde se resistía a recibir a comisiones de vecinos. Los diputados y senadores del PSOE y de UCD se ofrecieron para mediar en el conflicto, y su gestión, sin duda, fue decisiva para que se iniciase el diálogo traba-



ADORES-Ayuntamiento. Los despedidos han sido readmitidos, se les abonará el tiempo de huelga y se les aumenta dos mil pesetas. El problema, posiblemente, no ha quedado resuelto. Estuvo a punto de seguir en un callejón sin salida cuando el Ayuntamiento exigía que no volviese a hacerse ninguna reivindicación laboral en el futuro.

La ciudad apestaba y nos enterábamos de que, a muy pocos kilómetros, en La Mudarra, se podía dejar a oscuras a media España. La actitud de los trabajadores en huelga empezaba a ser impopular en algunos sectores. No se ha producido una auténtica solidaridad ciudadana y esto agravó la situación. La participación del Ejército se pospuso todo lo posible y ya en los últimos días, en la madrugada, recogían los contenedores que no estaban volcados sin llegar a limpiar la ciudad. La ciudad sigue todavía sucia; la suciedad es como una cicatriz de un

problema que sólo provisionalmente se ha solventado, que rebrotará en el futuro por causa del deterioro de todo un sistema que hemos padecido tantos años. Un nuevo Ayuntamiento, el que salga de unas elecciones libres, habrá de enfrentarse con dificultades y problemas, pero tendrá el apoyo de todos los ciudadanos, lo que ha tenido la actual Corporación que llegó a creer en la vigencia de los viejos métodos del orden y mando. El gran derrotado ha sido el Ayuntamiento, pero también la ciudad, que no ha encontrado el modo correcto de asumir una huelga cívicamente. Desparmando la basura no se ayudaba a las reivindicaciones de los trabajadores. Los partidos políticos habían insistido en sus llamamientos al civismo. Pero la gente se tapaba las narices después de haber reventado las bolsas de mierda. ■

Fotos: GABRIEL Y CACHO.



Al final, cuando la situación se hizo insostenible y la ciudad parecía un estercolero, hubo que recurrir al Ejército.

A propósito de "El Lute"

LOS PRESOS NO PUEDEN SEGUIR ASI

FERNANDO LARA

Si queremos extirpar los últimos restos del franquismo, hace falta terminar con la situación actual de los presos comunes o sociales. Se lo dijo Eleuterio Sánchez, "El Lute", a su defensor cordobés, Rafael Sarazá, pocos días antes de que se celebrara en Madrid una mesa redonda sobre "Los presos sociales en la perspectiva política española". Organizaba este debate "Cuadernos para el Diálogo" con motivo de la publicación en su editorial de las Memorias del famoso "quinqui", tituladas por él mismo "Camina o revienta", y que parecen ser un documento excepcional sobre las penalidades de esta colectividad marginada. "Cuando me pasee por el patio de la cárcel uno y otro día creo que esto no tiene sentido; pero cuando me entero de que mi estancia en prisión puede dar origen a que se defiendan y reivindiquen los derechos de los presos, pienso que vale la pena estar aquí", le aseguraría también "El Lute" a Sarazá, según éste contaba en la intervención con que se abrió la mesa. A ellas seguirían las del abogado vasco, y actual senador, Juan María Bandrés, el profesor Carlos García Valdés, el director de cine Luis Revenga y el ensayista Fernando Savater. Quienes, desde diversas perspectivas, llegaron a una conclusión unánime: los presos españoles no pueden seguir así, es imprescindible un cambio en profundidad de los sistemas penitenciarios y de las leyes penales que impida definitivamente una situación como la que ahora viven.

Porque "no hay medio alguno de controlar muchas veces lo que les hacen o sufren los presos españoles", denunció el profesor García Valdés, para el que lo más definitorio de la cárcel es —de acuerdo con otros tratadistas— "la pérdida del sentimiento de seguridad personal": "En las cárceles puede pasar de todo". A esa arbitrariedad se han empezado a oponer una serie de movimientos, principalmente la COPEL, "a la que ahora se trata de desprestigiar, haciendo creer a la opinión pública que cuenta con un 'brazo armado' de signo terrorista", atribuyéndosele diversos atentados recientes en Madrid contra un convoy del Metro o contra las oficinas del Documento Nacional de Identidad. "¿Por qué se asusta tanto la Dirección General de Instituciones Penitenciarias ante la existencia de la COPEL? ¿Por qué se segregó a los presos que forman parte de este movimiento de autodefensa, enviándoles a centros tan restrictivos como el de Segovia?", preguntó públicamente García Valdés, quien vería confirmada su protesta por el testimonio de la madre de un recluso perteneciente a la COPEL: su hijo, que lleva once años en prisión, sufre en estos momentos las normas disciplinarias del penal de Ocaña, que le hacen estar veinte horas del día encerrado en la celda, con sólo dos horas por la mañana y otras dos por la tarde para salir de ella...

Las opiniones vertidas por Juan María Bandrés en la mesa redonda oscilaron entre el radicalismo de quien conoce muy a fondo el medio, y el posibilismo del que intuye que va a encontrar unas Cortes seguramente poco concienciadas ante el problema. Después de narrar sus contactos con "El Lute" cuando —en 1974— éste le pidió que asumiera su defensa, "sabiendo que únicamente podría salvarse mediante una movilización de la opinión pública", Bandrés adelantó cuáles iban a ser sus propuestas ante el Senado sobre el tema: un indulto lo más amplio posible, una severa modificación del Código Penal —"que hoy defiende más la propiedad privada que la vida humana"—, y una reforma total del sistema penitenciario. El defensor de tantos y tantos "etarras" calificó estos tres puntos como "medidas urgentes", no como soluciones totales, que habrían de nacer de "una transformación de nuestra sociedad para que deje de segregar injusticias". Y, como "fórmula inmediata" para ir creando el clima adecuado en pro de ese conjunto de reformas que se comprometió a defender en el Parlamento, el senador por Guipúzcoa alentó la creación de "comités de apoyo a los presos sociales". Unos presos que cuentan actualmente con "El Lute" como símbolo y bandera.

Junto al apoyo hacia todas aquellas iniciativas que pudiesen aliviar el angustioso panorama que hoy soportan nuestros presos, Fernando Savater defendió la necesidad de un planteamiento teórico del propio hecho de la cárcel: ¿por qué, para qué y para quién es necesaria? ¿cuáles son las razones que la justifican y mantienen en pie? Savater —que mantuvo que "todos somos presos que no nos han cogido"— puso en guardia contra "la anecdoticización" del caso de "El Lute", que podría llevarnos a defender su libertad porque hoy es un hombre culto, preparado, "olvidándonos que hasta el idiota babeante tiene el mismo derecho que él a salir". El final de su intervención dio paso a un coloquio que se centraría esencialmente en lo que parece escasa atención de los partidos políticos de izquierdas hacia los problemas de los presos comunes o sociales. Una atención que ha de ir necesariamente en aumento. ■